

Ensayo

Los primeros años

José María Rodríguez Tejerina

Del período comprendido entre la fecha de nuestro nacimiento hasta los siete u ocho años de edad, apenas queda constancia en nuestra mente. De la niñez, en sus fases **motóricas** y **mágico-simbólica** o **preescolar**, no suelen recordarse más que escasas y fragmentarias vivencias.

La infancia humana es un hecho biológico insólito entre las especies del reino animal. **Retraso biológico** que tal vez favorezca el desarrollo de la inteligencia, al permitir una lenta, pero fecunda, incorporación al ambiente.

La inmadurez somática y psíquica del hombre abarca una gran parte de su vida. No pueden conocerse, por tanto, los primeros años de existencia **introspectivamente**; nuestros remotos perfiles psicológicos. El niño pequeño carece, todavía, de un lenguaje coherente. Sólo es posible la observación **externa** y sobre todo, el saber lo que nos cuentan los demás. Junto con las remembranzas, muy a **posteriori**, en determinados momentos vitales, de algunos de los más inquietantes avatares infantiles. La inmensa mayoría de los humanos ha olvidado, casi completamente, lo que les ocurrió antes de los cuatro años, e incluso tres años después. La falta de madurez cerebral dificulta la fijación de engramas. Ni recurriendo a drogas alucinógenas o al psicoanálisis, se logra recordar la totalidad de lo que nos sucedió en nuestros años iniciales. Y, mucho menos, las sensaciones percibidas en el seno uterino.

Los hombres célebres, sin embargo, han difundido muchas veces en sus tardíos escritos autobiográficos, prolijamente, los hechos más aparatosos de su niñez. Suelen ser relatos nostálgicos, una **memoria viva** demasiado poética (1). Tácitamente, para explicar sus excepcionales trayectorias existenciales, invocan las teorías de Freud, de Piaget, Ajuriaguerra, Rof Carballo, Rojas Marco; del lejano Rousseau. Hipótesis demostrativas de que para conseguir comprender la manera de comportarse cualquier persona adulta, es preciso conocer los recovecos, la urdimbre social y afectiva de su infancia.

Entre nosotros, Ramon Llull, un místico mallorquín del Medioevo, es un significativo ejemplo de la influencia que puede tener una infancia singular en el ulterior devenir, intelectual, sensitivo, de un hombre religioso. Y, espigando al azar, ciñéndonos a la biografía de otros personajes hispanos, podemos constatar también las sugerentes infancias, por ejemplo, de eximios científicos; Santiago Ramón y Cajal, Severo Ochoa de Albornoz. De escritores tan famosos como Pío Baroja, un vasco de la generación del noventa y ocho, de Federico García Lorca, un poeta andaluz asesinado durante nuestra Guerra Civil, de Camilo José Cela.

Trataremos hoy, únicamente, de tres de estas personalidades, muy alejadas entre sí, histórica, geográfica, espiritualmente; Llull, Baroja, Lorca...

Unas individualidades señeras, que lograron la inmortalidad merced a su irrefrenable vocación literaria. Ramon con sus tratados plenos de fanatismo religioso. Pío a través de sus numerosas y pesimistas novelas. Federico, en fin, con la apasionada vitalidad de sus versos.

Y, quede para otra ocasión, analizar las infancias de Santiago Ramón y Cajal, Severo Ochoa de Albornoz y Camilo José Cela Trulock.

(1) Goethe denominó a la relación de su infancia, **Verdad y Poesía**.

Un místico mallorquín del medioevo

Ya lo decía el viejo Aristóteles: "Ve mejor las cosas quien las ha visto crecer desde el primer momento".

La trayectoria vital de Ramon Llull no puede comprenderse sin examinar su niñez. Fue Ramon el fruto tardío, tras diez años de espera, del matrimonio de Ramon Amat e Isabel de Erill. De la prolongada infecundidad de su madre se hace eco el beato mallorquín en su novela poética, **Libre d'Evast e d'Aloma e de Blanquerna**. Evast y Aloma son sus propios progenitores. Aloma está triste por no tener descendencia y, un día, entra en un florido vergel "que en su casa había, y debajo de un árbol, en la cercanía de una bella fuente, se hinca de hinojos y suelta la larga vena de su llanto; ruega al Soberano, Dios y Señor de todo cuanto existe que, según la muchedumbre de su piedad, la quiera dar un hijo, votado a su devoción y servicio, y arroje de su corazón la gran tristeza y los ansiosos pensamientos en que ha caído por el deseo de tener hijos".

Ramon vino al mundo el 25 de enero de 1233, en la recién conquistada Mallorca, bajo el signo de Acuario, tan generoso en hombres dados a las locas aventuras del espíritu. Tuvo una infancia sumamente regalada. En otro libro suyo, **Doctrina pueril**, cuenta cómo fue bautizado; el octavo día de su nacimiento, con una **capida blanca**, tras una misa solemne y después de haber dado los padres copiosa limosna a los pobres de **Ciutat**.

Pero no tuvo lactancia materna. Su alimentación fue confiada a una nodriza. Ramon, al igual que Blanquerna, el novalesco hijo de Aloma y Evast, estuvo al cuidado de un ama de cría hasta los doce meses. "Un año estuvo sin gustar otra cosa más que leche pura..."

Las **dides** para el **alletament** de los hijos de los poderosos, eran una institución en la Edad Media. La calidad de la

leche de las **dides** preocupaba incluso a los reyes. No sabemos el nombre del ama de cría de Ramon, ni su perfil psicológico. Es lástima, pues suele afirmarse que, los niños alimentados por mujeres mercenarias tienen, de mayores, la misma psicología que éstas. Y, hasta consideran algunos autores modernos que la génesis de los síndromes depresivos debe buscarse en la lactancia. Podemos presumir, no obstante, que la nodriza de Ramon sería hembra de buena salud y virtuosa. Como la de Blanquerna, "mujer muy sana robusta, de vida recatada y muy honesta".

Hasta los ocho años de edad se crió Ramon "al curso de la naturaleza". Solamente a partir de esa edad comienza a ir a la escuela, para aprender Gramática, algo de Latín y abundante Doctrina Cristiana.

Era despedido, cada mañana, con los mimos de su madre, bien distintos a los adustos modos del padre. En el **Blanquerna** volvemos a encontrar otra nota autobiográfica de Llull:

"Una mañana acaeció que Aloma, antes de que su hijo Blanquerna fuera a la escuela, dio a su hijo para almorzar carne asada y luego un **flaó** para que comiera en la escuela si le venía talante o gana de comer. Al saberlo Evast reprendió a Aloma, su mujer, y le dijo que a los niños no se les ha de dar de comer para el almuerzo sino solamente pan, a fin de que no se vuelvan golosos y para que no pierdan el apetito cuando sea hora de comer a la mesa. Y aún pan solo no se les puede dar sin que lo pidan".

Evast y Aloma no eran un matrimonio bien avenido. Evast rechazaba los goces carnales con su mujer. También el padre del futuro **mestre** de la Barba Florida, Ramon Llull, estaba muy distanciado de su esposa, luego de haber tenido con ella, tras nacer Ramon, una hija, Magdalena.

Ramon era castigado frecuentemente por su padre, que tenía "la vara pronta". Pensaba el caballero Amat que, un niño

sin temor al castigo corporal, “**jamás ferás res de bé**”.

Ramon es rubito, colorado, de facciones agraciadas. Se torna un niño muy difícil, díscolo, altanero, rebelde; melancólico. Para enderezarlo, “no valen azotes, ni castigos, ni halagos, ni blanduras, ni industrias ni ingeniosidades”, dice de nuevo en **Blanquerna**.

Su madre, desatendida como mujer por su marido, vuelca todo su amor de hembra en aquél hijo tan deseado. Le superprotege. Ramon se siente oscuramente culpable, con deseos de autocastigo, inmerso en las nieblas precursoras del complejo de Edipo. Por otra parte, como pudimos comprobar al estudiar sus restos mortales, padecía una espina bífida, un trastorno de osificación de la columna vertebral. Anomalía congénita que, tal vez, le impidiera, cuando niño, controlar sus esfínteres, sus micciones. Se marcaría así, ya desde la infancia, la bipolaridad entre lo superior, el cerebro, **lo bueno**, y lo inferior, las partes bajas cercanas a los órganos excrementicios, **lo malo**. No asumiría el hecho biológico de que nacemos **inter faecis et urinae** y que no podemos disociar ambas realidades sin que padezca nuestro equilibrio emocional.

La realidad del mundo se le abre a Ramon a través, únicamente, del amor de su madre, mujer temperamental, posesiva. Todo el otro entorno, incluso el paterno, se le antoja hostil. Comienza a manifestarse en él una dualidad de tendencias contrapuestas, pero muy relacionadas entre sí; la proximidad y la lejanía, el anhelo de reclusión y, al mismo tiempo, el ansia de libertad. Ramon Llull a lo largo de su dilatada y fecunda existencia misionera y literaria, alternará períodos de confinamiento con otros de vagabundaje. Deseos de reclusión y afanes viajeros que serán, junto con la sed evangélica de Amor y una mística voluntad de martirio, los ejes de su vida terrena. Desaparecerá la mujer que le dio el ser. Mas, Ramon, eterno niño enamorado, recorrerá siempre los cami-

nos del mundo en busca de su madre; aquella luz perdida en la distancia.

Un escritor del noventa y ocho

Pío Baroja Nessi, “hombre humilde y errabundo”, nació en San Sebastián, en 1872. El día de Inocentes. En una lujosa casa, el nº6 de la calle Oquendo, que antes se denominó Paseo de Zurriola; frente al mar. Al escritor de la generación del noventa y ocho, el haber venido al mundo cabe el Océano Cantábrico siempre le pareció “un augurio de libertad y de cambio”.

Rof Carballo, en su libro, **Violencia y ternura** también se muestra muy orgulloso de haber nacido y crecido al lado del océano, “con sus tempestades, sus mugientes olas, sus cambios climáticos, su dulzura inesperada y la inmensa realidad que llamamos el mar, desde mis primeros días, sobre mi urdimbre, superponiéndose mágicamente al cariño maternal”.

Fueron, los Baroja, tres hermanos varones, de carácter turbulento; Darío, Ricardo; Pío.

De la infancia de Pío tenemos cabal noticia por haberla referido el escritor en muchos personajes de sus novelas. Es el niño Silvestre Paradox de **Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox**. El chicuelo Luis Murguía, el más tarde sensible y rijoso protagonista de **La sensualidad pervertida**. el Andrés Hurtado de **El árbol de la Ciencia**. En fin, el don Eduardo de **Allegro final**.

Pío Baroja se describe a sí mismo en otras dos obras suyas muy conocidas **Shanti Andía** y **Juan de Alzate**. Amén de en sus escritos puramente autobiográficos; **Juventud, egolatría, Familia, infancia y juventud** y **Las horas solitarias**. También en **La formación psicológica del escritor**, su discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1935, al que contestó don Gregorio Marañón.

De sus primeros siete años recuerda Pío Baroja, sobre todo, la visita de Alfonso XII a la ciudad; y el bombardeo de los carlistas. Es curioso que otro célebre autor vasco, Miguel de Unamuno, recordara, a su vez, un bombardeo carlista cuando, niño aún, vivía en Bilbao.

Sin duda aquel episodio bélico dejó en la mente de Baroja, en el umbral de su vida, honda huella. De zozobra, espanto, violencia.

A pesar de que los bombardeos de antaño eran poco destructores. Herían, si acaso, algún día, a tres personas. Producían más susto que daño físico.

En el castillo de la Mota, en las afueras de San Sebastián, había un vigía que, al atisbar el fogonazo del cañón carlista, tocaba una campana. Las gentes tenían tiempo de esconderse en portales y sótanos. Eran, además, unas bombas de pequeño tamaño, a las que, burlescamente; se llamaba **pepinillos**. Aún así mataron al poeta Indalecio Bizcando y a un sargento "muy marchoso", que se reía de los toques de campana y aseguraba, fanfarrón, "a mi no hay pepinillo que me mate", y no quiso guarecerse a su debido tiempo.

Tenían los Baroja en su casa de San Sebastián un gato rubio, muy hermoso, al que llamaban **Monseñor** que, al oír el tañido de la campana del castillo, se metía corriendo debajo de una cama.

Aquella guerra dejó otros indelebles recuerdos en el niño; la visión, "confusa", del retorno de unos soldados heridos, llevados en camillas; el haber visto, por encima de una tapia, un cementerio pequeño, próximo a su casa, "donde había un montón de soldados muertos, sin enterrar, con sus uniformes rotos y podridos".

Una vivencia también de sus primeros años fue el envenenamiento del matrimonio Erquicia, unos vecinos, por su criada, mujer viuda y vieja. Nunca se supo los motivos que impulsaron a la maritornes a querer asesinar a sus amos. Cuando la llevaban presa, vociferaba, en vascunce,

sartubanaiz, sartubanaiz, "si lo hice ya lo voy a pagar".

Al niño Pío Baroja le gustaba mucho jugar en la explanada del castillo de la Mota. La fortaleza estaba cerca de la ciudad, y a la explanada se la conocía como "Paseo de los curas". Desde ella se columbraba el muelle; el mar, siempre el mar.

Pío iba al castillo con su madre y sus hermanos. y con los compañeros de colegio.

El colegio de la calle Campanario, en el que un severo don León Sánchez y Calleja, el maestro, calificaba a Pío de niño "cazurro", muy poco inteligente. Tiempo después, ya en Madrid, asistiría Pío a otra siniestra escuela, "un cuartucho oscuro en el que hacía de maestro un hombre triste y tuberculoso" Ambos dómnes intentaron educarle "a golpes de puntero".

Solían encontrarse en la explanada con un tipo "raro", de los que tanto fascinaría conocer a Baroja a lo largo de su existencia; un loco que iba acompañado de su criado. El loco se llamaba "don José" y se ponía muy contento cuando veía llegar a la chiquillería; abría los brazos y gritaba, **Tatiago, Tatiago**, "Santiago, Santiago". En cambio, si se le acercaba una mujer, se acurrucaba contra un muro, pataleaba y decía; "El perro ciego, el burro ciego, el perro ciego, el burro ciego". Don José iba de gabán y sombrero de copa. El criado tenía un poder absoluto sobre él. Le ordenaba, "don José, a sentarse" y el demente repetía en voz baja, "don José, a sentarse", y se sentaba. Y si le mandaba, "don José, a levantarse", el pobre perturbado se levantaba enseguida, repitiendo, "don José, a levantarse".

Los soldados de la guarnición regalaron a Pío un gavilán, que éste se llevó a su casa, donde permaneció vivo mucho tiempo.

Próxima al castillo había una cueva, que tenía una salida al mar, en la que según los pequeños, habitaba "una serpiente con alas" y por la que pasaban las sirenas, antes de sumergirse en el océano.

Estos recuerdos, trágicos, fantásticos, de su infancia, serán relatados, años después, por Baroja en **Shanti Andía**. Son unas vivencias superpuestas al paisaje de los barcos fondeados en la bahía, con sus arboladuras y velas blancas. Fragatas, urcas, bergantines, que hacían soñar al niño con alucinantes aventuras marineras, que nunca llegaría a realizar.

Los padres de Pío, don Serafín y doña Carmen, eran dados a pasear, a ir al teatro, a no estar nunca en casa. Dejaban a sus hijos solos, al cuidado de la abuela y las criadas.

Estas contaban a los pequeños cuentos de miedo y amenazaban a Pío, que era algo sucio y descuidado, diciéndole que, "a los niños que no se lavaban ni peinaban y llegaban a tener piojos, les hacía una cuerda con el pelo Onentzaro, y los arrastraba por la arena al interior del mar.

También les contaban la **nescame ziqiñ**. Una criada aterrorizaba a Pío con una historia truculenta: "Un pastor asesina a otro y le descuartiza y entierra los restos; sobre sus despojos nacen unas cañas, y cuando el asesino pasa por delante de ellas, las cañas le dicen; **Fulano dame la asadura, dura, que me quitaste**.

A la influencia sutil, subliminar, del ambiente marino, con su atmósfera, su clima, su paisaje, su misterio, se va a unir la huella profunda que dejan en su espíritu, estos relatos patéticos, mágicos; en su hemisferio cerebral izquierdo, **no dominante**; el de la fantasía; pórtico de una concepción del hombre, de esa **realidad mítica**, estudiada por Kiel.

Pío tenía miedo de las sombras. De la noche, de quedarse solo. En el seno de su familia se sentía desgraciado. "No he tenido, llegará a escribir, en **Familia, infancia, juventud**, una infancia feliz".

Doña Carmen era una mujer harto severa, poco afectuosa; no supo rodear

de ternura al pequeño Pío. Y, el padre, don Serafín, ingeniero de minas, era una persona inquieta, bohemia, de carácter riguroso y atrabiliario, que hablaba y escribía, tenazmente, en vascuence, y tocaba el violonchelo. Y cambiaba continuamente de domicilio. De San Sebastián marchó, en 1879, destinado a Madrid. Tenía por entonces Pío siete años. En la capital de España vivieron al principio en la calle Real, que estaba en el barrio de Chamberí. Era una prolongación de la calle Fuenarrabal, más allá de la Glorieta de Bilbao. Cerca de la "Era del Mico", donde había columpios, barracas de feria, tíos vivos; una verbena permanente.

Mas, por delante de esta casa, pasaban, de continuo, los entierros, camino del cementerio. "Muchos coches de muerto, con gualdrapas negras, penachos de plumas y postillones con pelucas empolvadas". Y, cerca también, se hallaba el "Campo de los Guardas", en el que tenían lugar las ejecuciones. Por aquellos días fueron agarrados allí Otero y Oliva Moncasi, que habían atentado, los dos, contra el rey Alfonso XII.

El asustado Pío vio a la gente que iba a presencias las ejecuciones; a hombres y mujeres que pedían limosna para los condenados; a vendedores que pregonaban "la salve que cantan los presos al reo que está en capilla".

Quedaban muy lejos las escasas fiestas hogareñas en San Sebastián; el absurdo nacimiento que confeccionaba su padre con figuritas de papel; los ruidosos villancicos que cantaban en la Nochebuena, en vascuence, los aldeanos de los alrededores, por la escollera, acompañados de panderos y tambores.

De la calle Real se mudaron pronto los Baroja a otra más céntrica, la del Espíritu Santo. Quedó atrás la "Era del Mico", el "Campo de los Guardas". Ahora, en cambio, podía el observador niño, contemplar el variopinto espectáculo del populacho de

Madrid de finales del siglo XIX. Oír los pregones de los aguadores, asturianos o gallegos, con sus trajes de dura pana, montera en la cabeza, un cántaro al hombro.

De los vendedores de pescado -maragatos-, de rosas -tortas de maíz-, de cañamones tostados, de miel de la Alcarria, de queso, requesón, arrope; de plantas de primavera. Del hombre que componía tinajas y toda suerte de cacharros, con su caduceo. Los ciegos, a su vez, cantaban al son de sus guitarras. Y los soldados de las guerras de Cuba y Filipinas vagaban pidiendo limosna, con sus licencias metidas en un tubo de hojalata, un pañuelo de colores anudado al cuello, mal vestidos con sus andrajosos uniformes.

Al son de estos pregones y cantares se unían las voces de las criadas que entonaban, desafinadamente, trozos de zarzuelas, cuplés de moda. A veces pasaba por la calle el **Tuti-li-mundi** o **Mundo Nuevo**, un carricoche tirado por un borriquillo, con el **cosmorama**, un cajón alargado, con cristales redondos por los que se asomaban los chicuelos para contemplar exóticos paisajes, ciudades lejanas, famosas batallas, navíos; mares inmensos. Un mundo maravilloso al que le hubiera gustado poder asomarse, ilusionadamente, al pequeño Baroja.

Al atónito Pío le llegó a enamorar Madrid. Enseguida también admiraría los paisajes de los alrededores; el perfil azul de la Sierra de Guadarrama, el color amarillo de los campos yermos, el cielo, tan alto, de Castilla. Será un sentimiento bipolar, entre el mar, la dulce tierra de su patria natal y el áspero contraste de la árida meseta.

Recordará Pío Baroja Nessi, continuamente, durante toda su existencia, aquellos días matritenses de su niñez.

“Es curioso, escribe en **Las horas solitarias** que, habiendo tenido una infancia insignificante, toda la vida me la pase pensando en ella”.

El poeta asesinado

Federico García Lorca vino al mundo el día 5 de junio de 1898. Fue bautizado el 11 del mismo mes y recibió los nombres de Federico del Sagrado Corazón de Jesús, en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Anunciación de Fuente Vaqueros, en el Soto de Roma, un pueblecillo de la provincia de Granada.

Se ha dicho que, tal vez, Federico, a los pocos meses de su nacimiento, padeció una grave dolencia que le impidió luego andar hasta los cuatro años. Lo cierto es que el niño tenía la pierna izquierda más corta que la derecha y unos acentuados pies planos de empeines muy altos. Anomalías que, sin duda alguna, eran congénitas y hacían que sus pasos fueran torpes y que se balanceara al andar. Sus cortos, “pasos torpes”, le hicieron temer siempre cruzar una calle, por miedo a que le atropellara un coche. Nunca de niño, ni de mayor, se le vio correr, y rehuía los juegos que requerían destreza física, aunque jugaba con los otros chiquillos de su edad en el piso alto de su casa de la calle de la Iglesia, a las “ovejitas” y a los “lobicos”.

Pero lo que le gustaba a Federico más era tararear canciones populares andaluzas y se entusiasmaba oyendo tocar la guitarra. Sus aptitudes musicales fueron muy precoces. Aprendió antes a cantar que a hablar. Su madre, doña Vicenta Lorca, le estimulaba en estas aficiones musicales, haciéndole escuchar discos de música clásica que ponía en un gramófono. Le enseñó a oír, a utilizar el mítico, poético, heterodoxo, cerebro izquierdo.

Niño de familia rica, fue sin embargo, muy popular entre la chiquellería pobretona de su pueblo, a la que deslumbraba con su imaginación y vitalidad. Mas, Federico era ya, desde sus primeros años, un niño de tendencias sedentarias, de torpes andares, con grandes dotes de observación. Atento al mundo que le rodeaba; al paisaje de la Vega; apasionado

por la vida natural de su aldea, privilegiado rincón de Andalucía. Conversaba con los muebles, con cualquier objeto; las piedras, los árboles, los chopos sobre todo, a los que oía cantar cuando el viento pasaba entre sus hojas y sus ramas.

El ramaje seco de un chopo viejo parecía deletrear su nombre Fe...de...ri...co...

Tuvo el futuro poeta "más de cuarenta" primos. entre ellos una prima muy querida, Aurelia, que tocaba muy bien la guitarra y tenía mucho miedo a las tormentas. Otra, Clotilde, también muy querida. A las dos las retrataría, años más tarde, en sus obras de teatro. Su prima Mercedes, a su vez, muy guapa, la **Guapada**, ocho o nueve años mayor que él, le mimaba sobremanera desde que era un chico de dos años, y le describe como a un niño sumamente tímido, muy miedoso, que no se atrevía a cruzar la calle para ir a su casa, que estaba enfrente a la suya, por temor al **peligro**, un escaloncillo que había a la entrada del domicilio de Mercedes.

Doña Vicenta fue una sincera, fervorosa creyente, le enseñó a rezar. Federico solía acompañarla a la iglesia, a las procesiones, a las fiestas religiosas. Federico llegó a ser muy devoto de la Virgen del Amor Hermoso, "la Virgen de las paridas" que, con un niño en brazos, ríe siempre, bobalicona, "con su corona de lata y sus estrellas de espejos, detrás del altar de la iglesia del pueblo".

Muchos años más tarde, en 1924, encargaría a Rafael Alberti le pintara un cuadro en el que apareciera aquella dulce y sensible Virgen en lo alto de un olivo, y él dormido a la orilla de un arroyo. García Lorca colgó el cuadro que le dedicara Alberti, a la cabecera de su cama, en su cuarto de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

Su juego preferido durante su infancia fue "decir misa" en un altar que improvisó en una tapia del jardín de su casa, en el que colocaba una imagen de la Virgen y unas rosas. Asistían a esas "misas" su

madre y algunos niños de la localidad. Federico exigía, mandón, a todos ellos, que lloraran mientras él pronunciaba la plática.

Un día, cuando tenía casi ocho años, viendo arar la tierra en una finca de su padre, en Daimuz, "la alquería de la cueva", contempló como extraía la reja un mosaico romano con una inscripción; que le hace soñar en Dafnis y Cloes. Fue su primer **asombro artístico**, que asoció, enseguida, al misterio de la tierra fecunda, al amor mítico y bucólico; a las gentes de Andalucía, de almas tan complicadas; de raíces romanas, cristianas, judías, tartesias, moras; gitanas.

Su primer encuentro con la muerte ocurre, quizás, cuando muere su hermana Luisa. Contaba Federico cuatro años. Luisa murió víctima de una "neumonía gripal". Este fallecimiento le conmovió, y durante un tiempo, firmaría el poeta sus poemas. **Federico-Luis**.

El padre de Federico García Lorca, don Federico García, sentía un terror patológico por la enfermedad y la muerte. Llevaba siempre consigo, cuando la familia se trasladaba al campo, preparados de sueros por si les picaba alguna víbora; y llamaba urgentemente al médico por pequeña que fuera una dolencia. Federico heredaría ese pavor a la enfermedad, a la posibilidad de morir inesperadamente.

Pronto, sin embargo, sustituyó Federico el altar de la tapia del jardín por un guiñol, un "teatrillo" de títeres que le compró su madre en una tienda de juguetes de Granada. Los títeres, una vieja tradición andaluza. La pasión de Federico por el guiñol se haría patente con la fundación de La Barraca, aquella inolvidable formación teatral que recorrería los pueblos de España antes del comienzo de la Guerra Civil.

Federico, el niño rico del pueblo, conocería pronto, también, la negra miseria, la abyecta suciedad de las familias de Fuente Vaqueros; la tragedia de sus mujeres,

condenadas a una muerte temprana, luego de parir vidas y más vidas.

Nunca, por cortedad y cierto orgullo, se atrevían a pedir lo que más necesitaban; pan. Una niña rubia, que no tenía más que un roto traje que le lavaba su madre para que pudiera salir a la calle, simbolizaba para Federico la injusticia social reinante. Y, aparece, también por entonces, otra figura mítica, el **compadre pastor**, o el **viejo pastor**, Salvador Cobos Rueda, antiguo zagal en las Alpujarras, vecino de los García-Lorca, que contaba a Federico, "cosas religiosas", y de duendes, santos y hadas; y aventuras con los lobos de las Alpujarras. Conocía Salvador el poder sanador de las hierbas. Componía, con tomillo y malvarrosa, un ungüento que calmaba toda suerte de dolores.

Un día el **viejo pastor** cayó muy enfermo y murió. A Federico le llevaron a ver el cadáver y vio cerrar la caja. Federico se contagia del ambiente patético, sigue al féretro hasta la plaza del pueblo. Su padre preside el duelo, muy pálido, muy triste.

Delante de la Iglesia se repiten los lúgrubos cantos del cura y el sacristán. En el cementerio destapan el ataúd. El clérigo rocía con agua bendita el cadáver. El pobre **compadre pastor** está rígido, empequeñecido, las manos cruzadas sobre el pecho. Un pañuelo, piadosamente, le cubre el rostro. Es el silencio maloliente, **putrefacto**, de la muerte. Que acongoja profundamente al niño Federico. Varios lustros más tarde dirá el poeta, ante la muerte de su amigo el torero Ignacio Sánchez Mejías:

¿Que dicen? Un silencio con hedores reposa.

La muerte es una presencia constante en toda la obra lorquiana. La contemplación del cadáver de su amigo, el **viejo pastor**, fue, sin duda, determinante; el recuerdo, imperecedero, de aquellas tristes escenas le hieren durante su vida, "como el filo de una navaja barbera".

Otro intenso recuerdo de su infancia es el de su tío abuelo Baldomero García

Rodríguez, la **oveja negra** de la familia; un hombre bohemio, cojo, juglar, mendicante.

Otra señalada remembranza es la de su maestro, Antonio Rodríguez Espinosa, devoto discípulo de la ideología de la Institución Libre de Enseñanza, con el que tuvo una estrecha relación pedagógica sus tres primeros años; le enseñó **las primeras letras**.

Se conserva una "foto" de esa época. En la que puede observarse a Federico en primera fila, delante de un numeroso grupo de pequeños alumnos. Federico lleva un amplio sombrero de paja y va vestido elegantemente, en contraste con los otros chicuelos, pobremente habillados. (2)

Después, nuevos maestros: José Rubio, Juan Median, el **tío Camuñas**, éste último, encorvado, castigaba duramente a los chavales pegándoles en las manos con una palmeta de madera. Estaba casi baldado, se movía con dificultad.

Tuvo Federico amigos infantiles inolvidables: Pepe, Carlos, Sus numerosos primos.

Era febrilmente goloso, e intercambiaba, generosamente, con ellos dulces, chocolates y conseguía así le defendieran en los momentos de apuro.

En la escuela le emocionaba oír el cántico de las niñas. Le inquietaba. Le hubiera gustado, tal vez, verlas desnudas. Cantaban las chicas:

Habiendo abrazado Santa Elena la religión cristiana...

Surgían ya en su espíritu los misterios de la carne, con sus verdades y desengaños. Pero predominaba en él un sentimiento de hastío. Era un mal estudiante.

En 1907 Federico García Lorca tiene nueve años y se traslada, con toda su familia, a otro pueblo de Vega, Asquero-

(2) El maestro, en pie, es un poco calvo, alto, delgado, usa bigote y esconde su mano derecha bajo su chaqueta, en postura napoleónica y, con la izquierda, acaricia la cabeza de un niño.

sa, luego Valderrubio, a cuatro kilómetros de Fuente Vaqueros. Quedan atrás sus primeros años.

Fuente Vaqueros, entre el Genil y el Cubillas, cerca de la confluencia de los dos ríos. Un pueblo que se levanta sobre el agua: surtidores, acequias, aljibes. Veneros que vienen de Sierra Nevada; las altas montañas azules que esconden el mar.

Horas antes de ser fusilado, Federico está prisionero en el caserón denominado "La Colonia", en Víznar. Cerca de la acequia que lleva el agua, tan fresca, de la Fuente Grande de Alfácar, del manantial que llamaron los musulmanes, **Aindamar**, la "Fuente de las lágrimas", hasta el Albacín. Pide confesión. Pero el cura ya se ha ido. Y Federico se angustia. Intenta realizar, en solitario, un acto de contricción. Reza el "Yo pecador" que le enseñara su madre. Mas, apenas recuerda las estrofas de esta oración. Le responde, monótono, el murmullo próximo de la acequia. Pronto verá, entre las indecisas sombras del amanecer, unos olivos. Los mismos de su lejana infancia:

"El campo
de olivos
se abre y se cierra
como un abanico..."

Que ahora parece le quieren decir adios.

Y, en medio de ellos, sobresale uno, muy corpulento, al pie del cual va a morir, junto con don Dióscoro, un maestro de escuela cojo y ateo, y dos banderilleros de ideas anarquistas, **Galadí** y el **Cabez**.

Igual que María Pineda:

"A la vera del agua,
sin que nadie la viera,
Se murió mi esperanza".

* * *

La memoria viva hasta en sus postremos momentos. De su infancia; de su pueblo. Gitanos, pastores, olivos, chopos,

rumor de agua, campos yermos. Soledad. Recuerdos, entrañables, de la niñez. La parla de su gente, la música popular, el "duende" del cante flamenco, que serán, siempre, la urdimbre sonora de su inmortal poesía.

Tres niños distintos

La dispar relación de estos tres personajes con sus respectivas madres, es muy demostrativa. Porque la **relación primigenia**, la **simbiosis madre-niño**, en los momentos iniciales de la existencia, "está preñada de destino", al decir de Erich Neumann. De ella va a depender la seguridad futura del **yo** del niño, su capacidad de coherencia, de aceptación de la adversidad, resistencial al dolor; el poder integrar las experiencias exteriores, gratas o ingratas, en un núcleo creador, en un **fondo de seguridad**.

El niño pequeño, desde que nace, precisa de **ternura**. De besos, de caricias, de mimos; de amor, en fin. Amén de necesitar abrigo, alimento, limpieza. Y se relaciona, a través de la madre, con el mundo exterior. La madre **filtra**, elimina, todo lo que puede ser doloroso para su retoño.

Hay, principalmente, dos clases de madres. Una Gran Madre Buena, la que dona a su hijo plenitud existencial; sabiduría; el **convencimiento supremo**. En este apartado habría que inscribir a las madres de Ramon Llull y Federico García Lorca. Aunque a la primera, a Isabel de Erill, la en un principio infecunda esposa, cabe atribuirle un **exceso de afecto**, un impulso neurótico profundo, originado por su falta de amor conyugal. Que también destruirá, a la larga, los fundamentos de la existencia de Ramon y agrietará su **urdimbre constitutiva**, convirtiéndole en un ser desequilibrado, con graves crisis espirituales, oscilante entre la introsisión y la extraversion; de rasgos paranoícos que culminarán en una fuerte depresión involutiva.

Doña Vicenta Lorca, la madre de Federico, es también una madre buena, bienhechora, bienaventurada, que da vida y cariño a su hijo. No en demasía. Le enseña, sobre todo, a saber oír música, estimula su fantasía, le hace creer, poética, musicalmente, en un más allá; le transmite el **conocimiento supremo**. Es una madre normal psíquicamente, algo mítica, que enamora a Federico y condiciona sus posteriores tendencias sexuales.

Doña Carmen Nessi, a su vez, la progenitora de Pío Baroja, en contraste con estas dos, es el prototipo del desamor, del alejamiento mundano, casi del abandono, que destruirá la personalidad futura de Pío. Se aproxima, sin querer, a la Madre Terrible de la mitología; Mesalina, Perséfone. Su figura maternal va a ser sustituida por la de las **brujas**, personificadas en las criadas que cuidan, pero aterran, al pobre niño con sus pavorosos relatos. Pío, sin ternura, besos, caricias, será, de adulto, una persona desilusionada, descreída. Las características psicológicas de su madre, su posible angustia, su hostilidad, harán que el niño sufra la "pérdida de objeto" y caiga en una larvada depresión. Apatía escolar, desinterés existencial. Males psíquicos de los que tratará huir y consolarse observando, vehementemente, los trágicos sucesos, los extravagantes personajillos con los que tropieza.

Doña Carmen hará perder a Pío su capacidad de poder creer en la Divinidad, en el **conocimiento supremo**. Será, pues, de por vida, un **impío**, como le denominarán los jesuitas.

Un hombre sin fe, agnóstico. La vida no tendrá objeto nunca para él. Ni un fin concreto. "El hombre, pensará, es como un barco mal gobernado en un mar tempestuoso".

"Nada merece la pena, tantas luchas y maldades".

Aunque borroso aparece en los tres niños el perenne conflicto con la figura paterna. Más acusado en la infancia de Ramon Llull y Pío Baroja. Es la consabida

hostilidad contra el padre, que no alcanza en ellos, claro está, la neurosis delirante, tal vez incestuosa, de Baudelaire, Poe, Genet, Freud, Sartre. Este último escribió, movido por el odio a su padrastro, que no existe nunca un padre bueno y que el vínculo de la paternidad "está podrido". Estos autores se referían a padres adoptivos, y recuerdan a sus madres, más como enamorados que como hijos. Es el hoy desacreditado mito del parricidio, del asesinato del padre, invocado por Freud en **Totem y Tabú**. Una hipótesis psicoanalítica superada. Pero es indudable que, en nuestros días, se tiende a crear una "sociedad sin padre", según Mitscherlich. A prescindir de la institución paterna, del padre todopoderoso que, severamente, da orden y sentido a la vida. Se difumina hoy la **imago paterna**. Los hijos tienden a educarse por sí mismos: se rebelan contra las normas tradicionales, ortodoxas, de la familia. Los tres niños que acabamos de estudiar, son muy rebeldes. A Ramon no le valen azotes ni castigos. Pío Baroja, camino de Madrid, en el tren, sufre un terrible arrebato de cólera. Federico García Lorca obliga, despótico, a llorar a los amigos y familiares que asisten a sus "misas". Del padre de Ramon sólo conocemos que intentaba encarrilar a su hijo a base de implacables castigos corporales y de austera dieta alimenticia. El de Pío, le ignoraba, disciplente. El de Federico parece ser el único lógico, comprensivo, cordial.

Los tres chicos van a tropezarse con unos maestros inmisericordes. Ignoramos el nombre del que fue dómine de Ramon. Pero sabemos que le obliga a estudiar materias tan aburridas como el Latín, la Gramática y la Doctrina Cristiana. Pío Baroja no tiene mejor suerte; su maestro le considera poco menos que subnormal. Federico García Lorca, afortunadamente para él, aprende sus primeras letras con un profesor devoto de las teorías pedagógicas de don Francisco Giner de los Ríos. Luego, cae en las manos de unos dómi-

nes demasiado proclives al uso de la palmeta y el puntero, para hacer bueno el viejo proverbio de que "la letra con sangre entra".

El encuentro con la Muerte marcará las famosas trayectorias existenciales de los tres niños. Ramon Llull cree, al contemplarla, en la resurrección de la carne, en la vida perdurable. Pío Baroja se asusta ante las terribles ejecuciones y los absurdos asesinatos que le refieren y hasta le es dado asistir. Federico García Lorca se asombra ante el rito folclórico, poético, de la muerte del "viejo pastor". Y de la pérdida inmerecida, irremediable, de su hermana Luisa.

Mas no hay que olvidar el **factor genético**, hereditario, si queremos adentrarnos, científicamente, en la composición del mosaico de la psicología infantil. Y debemos justipreciar, asimismo, la influencia del ambiente, del paisaje natal, y del carácter de sus pobladores, que incide con tanta fuerza en la vida del niño durante sus primeros años.

Ramon Llull soñará a lo largo de sus peregrinajes, de sus místicas aventuras misioneras, con Randa, Valldemossa, los frailes franciscanos de **Ciutat**; con **La Ro-**

queta, en fin a la que volverá siempre, la última vez malherido, desde Bugía, en el Norte de Africa, para morir en sus costas doradas.

Pío Baroja, en París, en Madrid, ahora su País Vasco, Euzkadi, su casona de Vera, el Océano Cantábrico, la parla, misteriosa, de sus paisanos.

Federico García Lorca huye de la capital de España, de sus amigos de la Residencia de Estudiantes, y retorna a Granada, a su huerta de San Vicente, el trágico verano de 1936. Para ser fusilado en el barranco de Viznar, entre los olivos milenarios de su puericia.

En los postreros instantes, todos solemos soñar con el pequeño, imborrable, solar de nuestra niñez. Es un sentimiento entrañable que sintetizó, admirablemente, don Antonio Machado en versos inmortales:

"Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla".

Una vivencia que resurge, vehementemente, cuando está a punto de morir, allá en la playa de Colliure, junto al mar latino. Y escribe, a lápiz, en un trocito de papel: "Estos días azules y este sol de la infancia".

Bibliografía

Alvarez Villar, A.; *Psiquiatría genética y dife-rencial*. Aguilar, Madrid, 1965.

Alvarez Villar, A.; *Elementos de psicología ex-perimental*. Aguilar, Madrid, 1966.

Arbó, S.J.; *Pío Baroja y su tiempo*. Editorial Planeta. Barcelona, 1963.

Azorín.; *Madrid*, Capítulo XXVII, "Pío Baroja" y "El secreto de Baroja", en el capítulo XXVIII. Círculo de Lectores, S.A. Valencia-Barcelona, 1987.

Baroja, P.; *Obras Completas*. Ocho volúmenes, 1946-1952. Biblioteca Nueva, Madrid.

Caro Baroja, J.; *Los Baroja*. Círculo de Lectores, S.A., 1986.

Gibson, I; *Federico García Lorca. I. De Fuente Vaqueros a Nueva York 1898-1929*. Ediciones Grijalbo, S.A. Barcelona, 1985.

Gómez de la Serna. R.; "Pío Baroja", en *Retra-tos contemporáneos*. Buenos Aires, 1944.

Lain Entralgo, P.; *La generación del noventa y ocho*. Colección Austral, Espasa Calpe S.A. Madrid, 1947.

Llull, R.; *Obras esenciales*. Ed. Selecta. Barce-lona, 1957.

Marañón, G.; "Contestación al discurso de in-greso en la Real Academia Española de Pío Baroja". Madrid, 1935. *Obras Completas*.

Tomo II. Madrid, Espasa Calpe S.A. 1966.

Ortega y Gasset, J.; *Obras Completas*. "Ideas sobre Pío Baroja". Tomo II, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1946.

Ortega y Gasset, J.; *Obras Completas*. "Una primera vista sobre Pío Baroja" Tomo II. Espa-sa Calpe S.A. Madrid 1946.

Rof Carballo, J.; *Violencia y ternura*. Colección Austral, Espasa Calpe S.A. Madrid, 1988.
Rojas Marco; L.; *Las semillas de la violencia*. Espasa Calpe S.A. Madrid 1995.
Sánchez Granjel, L.; *Retrato de Baroja*. Editorial Barna, S.A. Barcelona 1953.

Spitz, R.; *The Firts Year of Life*. New York International Universities Press, 1965.
Tejerina, R, J. M^a; *Historia de la Medicina en Mallorca*. Tomo I. "Ramon Llull y la Medicina". Palma de Mallorca, 1981.